

Palabras pronunciadas por el Rector  
Magnífico de la Universidad de Navarra  
Dr. D. Alejandro Llano



Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades.

Compañeros de trabajo universitario.

Señoras y Señores.

Con la llegada del otoño, la Universidad de Navarra inaugura solemnemente cada año un nuevo Curso Académico, en el que acometeremos otra vez la tarea, difícil y fascinante, de renovar el saber, de transmitirlo a las generaciones jóvenes y de procurar hacerlo socialmente eficaz. Si la tradición universitaria nos incita a conferir a este Acto el carácter de un alegre encuentro, es porque quiere que en él celebremos la fiesta del conocimiento que renace y se expande, animándonos también a afrontar con temple decidido las dificultades que labor tan exigente suele llevar consigo.

Tras la brillantez de la celebración, vendrá -mañana mismo- el sosiego fecundo de un trabajo sin aparentes relieves. Pero esa entrada en la normalidad no implica el adormecimiento de los ideales, algo así como lo que alguien llamó la "rutinización del carisma". Como bien saben los lectores de los libros de historia, el futuro no suele avanzar entre el fragor de las armas y el rumor de las parlerías. Prefiere casi siempre el atajo de las sendas perdidas, florece de improviso en ambientes serenos y fértiles. Los héroes de las narrativas reales rara vez fueron reconocidos por sus contemporáneos, no irrumpieron ruidosamente en el espacio público, mas tuvieron la elegante generosidad de labrar la tierra cuyos frutos otros recogerían.

Los que han hecho de la Universidad su forma de vida son los que saben -en contra de evidencias tan clamorosas como falaces- que el estudio es el método más adecuado para cambiar la sociedad desde dentro. La sociedad se mejora en el intenso silencio de las bibliotecas, en la atención concentrada de los laboratorios, en el diálogo riguroso y abierto de las aulas, en el servicio solícito de las oficinas y talleres, en la atención delicada y tenaz a los enfermos. Todas estas tareas universitarias son, en último término, estudio: afán gozoso y esforzado por encontrar una verdad teórica y práctica cuyo descubrimiento nos perfecciona al perfeccionar a los demás.

Estudiantes, estudiosos, aficionados a desvelar enigmas y a descubrir portentos: eso es lo que somos todos los hombres y mujeres que trabajamos en la Universidad. Entendemos la tarea encomendada a cada uno -profesor, alumno, enfermera, gestor- como una empresa de indagación compartida, cuya finalidad es encontrar lo bueno y lo mejor a través del avance en el conocimiento. Por eso hemos de fomentar cada vez más entre nosotros una acendrada cultura del trabajo, un convencimiento operativo y estable de que el laborar cuidadoso y creativo viene a ser el gran recurso para resolver los graves y acuciantes problemas que la condición humana tiene hoy planteados.

Si, deslumbrados por la fascinación caótica que actualmente ejerce la sociedad como espectáculo, desdeñáramos esas cosas menores que forman el tejido de la cotidianidad profesional, estaríamos pagando un tributo lamentable a los ídolos del foro público. Sería una lástima lo que entonces dejaríamos de hacer. No se trata, en modo alguno, de propugnar un narcisista repliegue sobre la intimidad privada. Se trata, por el contrario, de redescubrir la competencia ética y social de los ciudadanos comunes y corrientes, cuyas iniciativas creadoras constituyen el manadero de energías que permiten avanzar hacia la configuración de una sociedad más libre y justa.

“La concentración es el bien, la dispersión es el mal”, decía el pensador americano Ralph Waldo Emerson. Estudiar es concentrarse en torno a focos de interés cuyo horizonte se dilata a medida que en ellos penetramos. Si falta el estudio, la conversación pública se trivializa y se degrada, el ejercicio de las profesiones pierde operatividad y competencia, el carácter moral de las personas queda aislado y disperso. Como acaba de señalar otro escritor americano, Francis Fukujama, el individualismo egoísta erosiona lo que él denomina “capital social”, es decir, la capacidad para trabajar cooperativamente en iniciativas y organizaciones sociales libremente promovidas por sus propios protagonistas.

La Universidad es la institución que, desde hace siglos y también ahora mismo, acierta a convertir el estudio personal en una tarea cooperativa, cuyo fundamento no es otro que la confianza mutua. Si la sospecha abre grietas en la solidez de la confianza, se torna problemático servir al bien común de los estudios superiores, que estriba precisamente en romper entre muchos las barreras fácticas del conocimiento y desvelar así verdades nuevas. Cuando el bien común académico se desdibuja, cuarteado por la desconfianza crítica, se puede decir que la Universidad como institución desaparece del panorama social y deja de ser la escuela de esa solidaridad que hoy se está reclamando a gritos.

No es lo mismo el bien común que el interés general. Aquél es un concepto ético, éste es más bien un concepto técnico. Y sólo hay propiamente Universidad cuando las dimensiones morales de la convivencia prevalecen sobre las puramente utilitarias. Cabe entonces entender el bien común como un valor complejo y unitario, al que se sirve desde cualquier posición que se ocupe o a cualquier edad que se tenga. Las sociedades del capitalismo tardío tienden a marginar a jóvenes y ancianos, mientras que fijan casi todo su interés en un sólo tipo de persona: el adulto infantilizado, ése que al parecer compone las millonarias audiencias televisivas. Por eso, como dice Lustiger, “los jóvenes acampan fuera de la ciudad”, y a los viejos se los recluye de manera vergonzante. La Universidad, en cambio, debe ser capaz de integrar a todos en la tradición dinámica del saber, donde la curiosidad inventiva de los jóvenes, la madurez de los adultos y la experiencia de los mayores forman una especie de caleidoscopio que va ofreciendo figuras sorprendentes e irrepetibles. Imagen que nos sirve para entender la íntima conexión que en la Universidad acontece entre la investigación y el estudio.

No cabe separar el estudio de la investigación, como si correspondieran respectivamente a una fase pasiva y a una fase activa en el empeño por saber más. Desde los que hoy mismo acaban de llegar a la Universidad de Navarra hasta los que dieron -sin medio material alguno- sus primeros pasos institucionales hace casi cincuenta años, todos hemos de ser estudiosos, amantes de los grandes libros y de los artículos recién aparecidos; todos hemos de estar al día y de ahondar siempre más en las inagotables vetas de la cultura clásica. Recordemos el lema agustiniano: “Si dices basta, estás perdido”. No hay límites para el entusiasmo por el saber, para la pasión por la verdad. De ahí que el estudio universitario desemboque siempre en la investigación, es decir, en el descubrimiento riguroso de nuevos fenómenos del humanismo y la ciencia, minuciosamente protocolizado, y dado a conocer a la comunidad de indagadores que hoy día tiene alcance mundial. Y, a su vez, el clima de investigación que

penetra en toda la comunidad universitaria hace que la docencia y el propio estudio no sean nunca un ejercicio repetitivo, pasivo y acrítico, alejado de los foros internacionales donde se debaten las ideas que han de configurar el inmediato futuro.

Que la investigación constituye una dimensión esencial del trabajo universitario es algo que en la Universidad de Navarra se supo vitalmente desde sus mismísimos inicios, porque figura de manera muy destacada en su proyecto fundacional. No es ahora el momento de recontar los muchos y brillantes frutos obtenidos en estas indagaciones, porque de ellos queda pública constancia y porque nunca ha sido estilo de esta corporación académica autocomplacerse en lo logrado. Más nos interesa lo que falta por hacer. Sobre todo ahora que, por impulso directo de nuestro Gran Canciller, hemos entrado en una fase en la que el fomento de la investigación constituye nuestro objetivo central. Estamos procurando que, en todos los campos del saber cultivados aquí, se desarrolle una investigación avanzada, comparable con la que se lleva a cabo en las universidades del mundo que más destacan en cada especialidad. No nos sobran, es cierto, los medios materiales; y las personas se encuentran no pocas veces cargadas de ocupaciones académicas, asistenciales y directivas. Pero la propia narrativa de las indagaciones científicas testimonia que no hay que esperar a situaciones ideales para lanzarse a investigaciones ambiciosas (aunque sólo sea porque las situaciones ideales, sencillamente, no existen). Lo decisivo es lo que Zubiri llamaba “voluntad de verdad”, ese deseo incontenible de ponerse en claro con lo que las cosas son. Y, junto con esta especie de “hambre de realidad”, es imprescindible tener la humildad y la sabiduría de trabajar en equipo, de configurar unos grupos de investigación que aúnen el entusiasmo de los jóvenes estudiantes con la experiencia de los estudiosos más maduros. Es lo que el Fundador de esta Universidad denominó “labor de seminario”: capacidad de esparcir generosamente las semillas del conocimiento y paciencia activa para dejar crecer juntos a los renuevos del saber científico.

Todos entendemos que esta apremiante promoción de la investigación científica y humanística no responde a un afán de prestigio institucional, porque lo propio de las comunidades universitarias no es la competitividad mercantil sino una apertura cooperativa impulsada por el humanismo cívico. Cada una con su estilo irrepetible, todas las Universidades persiguen una misma finalidad y forman una especie de galaxia sólo visible para quienes hacen suyo aquel proverbio ruso que evocó Solzhenitsyn en ocasión memorable: “Una palabra de verdad vale más que el mundo entero”. Las nuevas tecnologías vencen al tiempo transportando esas palabras verdaderas por el ya famoso ciberespa-

cio, con lo cual la comunicación científica adquiere una escala planetaria. Pero tan espectacular capacidad de diálogo a distancia no resta importancia -todo lo contrario- al encuentro entre los que compartimos un mismo espacio geográfico y pretendemos servir, en primer lugar, a la Comunidad histórica que nos acoge y nos alienta: la Comunidad Foral en nuestro caso. Por eso yo quiero insistir hoy en nuestra decidida actitud de cooperación en el terreno científico y académico con la Universidad Pública de Navarra, haciéndome eco del deseo expresado recientemente por su Rector Magnífico.

El arte es más largo que la vida, decían los clásicos. Comienza un nuevo Curso Académico, y la magnitud de la labor que nos espera, comparada con la poquedad de las propias fuerzas, hace tal vez que ronde por nuestras mentes otro viejo apotegma: nadie está obligado a lo imposible. Pero, felizmente, resulta que no: que no es imposible, que es hacedero ese ideal universitario tan exigente. Para confirmarlo, basta con dirigir ahora nuestras miradas a los Profesores Félix Álvarez de la Vega, José Cañadell y Joaquín Casellas, que acaban de recibir la Medalla de Oro de la Universidad de Navarra. Ellos hicieron -y seguirán haciéndolo por muchos años- aquello que desde fuera parecería inviable: conjugar una investigación científica de nivel internacional con una infatigable labor docente y una proyección profesional de extraordinario alcance. Y lo que es aún más admirable: realizan tan ingente tarea con la sencillez de quien no da mayor importancia a la propia aportación; con la actitud de servicio de quien sabe ponerse en la penumbra para que sean otros los que brillen; con la serenidad de quien confía en la ayuda de los demás y, sobre todo, en la ayuda de Dios; con la sonrisa de quien convierte las dificultades que nunca faltan en forja de una personalidad madura y fecunda. La Facultad de Farmacia, la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales y la Clínica Universitaria tienen la fortuna de que estos pioneros les hayan puesto fundamentos tan sólidos. Al darles nuestra más cordial enhorabuena, les testimoniamos nuestro más sincero agradecimiento, porque nos han enseñado en qué consiste trabajar sabiamente. Agradecimiento y enhorabuena que comprende a sus familias y a sus colaboradores, por tener la generosidad y la lucidez de apoyar a quienes tanto lo merecen.

¡Ojalá que sepamos seguir el camino que la trayectoria vital de estos tres queridos colegas nos señala! Es el camino del trabajo incansable, del estudio asiduo, de la investigación sagaz, del servicio incondicionado. Es la vía que conduce hacia la meta propuesta por nuestro primer Gran Canciller: "Convertir la prosa diaria en endecasílabo, verso heróico".

